

J. M. Coetzee y la escritura poscolonial (primera parte)

■ ■ Clemente Apolinar Pérez Reyes*

Hace veinte años, aproximadamente, tuve noticias de J. M. Coetzee gracias al curso “La nueva geografía de la novela”, que la Secretaría de Educación Pública incluía en la programación de la tan lamentablemente desaprovechada Red Edusat. Autores de talla internacional y de gran calidad, como la brasileña Nélida Piñón y la también sudafricana Nadine Gordimer, formaban parte de este curso.

J. M. Coetzee nació en Ciudad del Cabo en 1940 y se crio en Sudáfrica y Estados Unidos. Se graduó en Matemáticas y Lengua Inglesa por la Universidad de su ciudad natal; posteriormente, se trasladó a Londres, donde trabajó como programador de computadoras para la IBM. En 1965 abandonó la capital británica y viajó hacia los Estados Unidos, donde se doctoró en Lingüística y Literatura en la Universidad de Texas, en Austin. Concluidos sus estudios solicita una visa de trabajo y la obtiene, empleándose como docente en la Universidad Estatal de Nueva York en Búfalo. Posteriormente solicita una visa permanente, la cual le es negada por lo que regresa a su país de origen en 1971, donde fue profesor de literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo hasta su jubilación. Actualmente reside en Adelaida, Australia, país donde se nacionalizó y es investigador del Departamento de Inglés de la Universidad de esa ciudad. Además de profesor de literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo y en otras universidades norteamericanas, fue traductor, lingüista, crítico literario y, sin lugar a dudas, uno de los escritores más universales que han surgido de la anteriormente convulsionada Sudáfrica.

En 2003, después de haber obtenido numerosos premios literarios de prestigio, se le concede el Nobel de Literatura. Esta decisión de la academia sueca ha

sido una de las menos cuestionadas en los últimos veinte años.

Al momento de la concesión del Nobel no toda la obra producida por este escritor sudafricano había sido traducida y publicada en español, pero sí parte de ella, entre la que se incluye *Disgrace* (*Desgracia*). Como ejemplo de lo anterior, tenemos *Life and times of Michael K* (*Vida y época de Michael K*), publicada por primera vez en 1983 en lengua inglesa y dada a conocer en español hasta 2006, es decir, después de 23 años de escrita y tres después de la concesión del Nobel. Lo cierto es que el máximo galardón catapultó a la fama a autores desconocidos en otras latitudes porque las editoriales, con un instinto comercial, saben qué le puede interesar al público lector y qué no, de allí que por esa razón desconozcamos la obra de muchos laureados antes de ser reconocidos con la máxima presea donada por Alfred Nobel, como nos ocurre actualmente con Abdulrazak Gurnah, premiado en octubre de 2021.



J. M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura 2003

*Licenciado en Letras Españolas por la FFyL de la UANL. En 2019, la misma institución lo nombró Profesor Emérito. Se desempeñó como docente de secundaria y de preparatoria, simultáneamente, desarrollando actividades administrativas y académicas. Actualmente jubilado de ambos niveles educativos. Fundador y actual editor responsable de *Reforma Siglo XXI*.

En otra colaboración estudiaremos las características del movimiento literario poscolonial al que pertenece J. M. Coetzee. Abdulrazak Gurnah, recientemente premiado, enriquece este grupo de escritores. El resto de autores Premio Nobel poscoloniales son los siguientes: Wole Soyinka (Nigeria, 1986), Naguib Mahfouz (Egipto, 1988), Nadine Gordimer (Sudáfrica, 1991), J. M. Coetzee (Sudáfrica/Australia, 2003), Doris Lessing (Zimbabue/Reino Unido, 2007), Derek Walcott (Santa Lucía, 1992) y V. S. Naipaul (Trinidad y Tobago/Reino Unido, 2001), además de la muy excelente escritora norteamericana y muy discutible su inclusión en este grupo (para quien esto escribe desde luego) Toni Morrison (Estados Unidos, 1993), a quien suele mencionarse en este grupo argumentando sus preocupaciones temáticas y lingüísticas, como las presentes en esa preciosa obra de arte que es la novela *Paradise*.

Dusklands (Tierras del poniente)

La obra narrativa del autor de *Desgracia* se inicia en 1974 con la publicación de su primera novela *Dusklands (Tierras del poniente)* formada por dos historias independientes, pero coincidentes en el tema desarrollado. La primera, *El proyecto Vietnam*, relata el descenso gradual a la locura de su protagonista, responsable de la guerra psicológica en la guerra de Vietnam, la cual le pasa factura; su caída culmina cuando apuñala a su propio hijo Martin. La segunda historia, *La narrativa de Jacobus Coetzee*, es el relato de la expedición efectuada en el siglo XVIII al entonces inexplorado interior de Sudáfrica. Jacobus Coetzee, el protagonista, enferma y es atendido por la tribu Mamaqua, con la cual se pelea por lo que es expulsado. Como represalia regresa y ejecuta a los esclavos que lo abandonaron en el anterior viaje y masacra a la tribu Mamaqua. En esta primera obra, conformada por dos novelas, Coetzee critica la mentalidad colonialista e imperialista del mundo occidental, sin embargo no lo hace de una manera directa, sino de una forma demasiado oblicua, por lo que la crítica le reprocha el no haber ofrecido un rechazo frontal a la violencia colonial reflejada en su primera novela.



In the heart of the country (En medio de ninguna parte)

En 1977 aparece su segunda novela, *In the heart of the country*, que en los países de habla hispana se publica con el título *En medio de ninguna parte*, obra que lo hizo acreedor de su primer reconocimiento CNA (*Central News Agency*), el principal premio literario de las letras sudafricanas. El narrador en esta novela recae en Magda, la hija de un granjero viudo. Gran parte de los asuntos narrados se hacen desde los confines claustrofóbicos de su dormitorio, pero la falta de fiabilidad de la narración de Magda significa que el lector no puede estar seguro de lo que está sucediendo realmente y lo que está sucediendo dentro de la imaginación de Magda. Al comienzo de la novela, Magda fantasea con que su padre trae inesperadamente a casa a una joven novia y la forma violenta en que los mataría a ambos.

Hendrik, el trabajador agrícola con que cuentan, trae a Anna (su joven novia) a la granja. El padre de Magda seduce a Anna y cuando Magda los sorprende en el dormitorio de la granja, le dispara en el estómago. El padre de Magda muere lentamente a causa de sus heridas y ésta lo entierra en una cripta improvisada en la tierra de cultivo.

Sin la presencia de su padre para administrar la tierra, la comida comienza a agotarse y Hendrik, exige que se le pague su salario. Magda le paga en especie ofreciéndole ciertos artículos de las antiguas posesiones de su padre. Hendrik y Anna se mudan a la granja y prácticamente son los nuevos propietarios. El trabajador negro viola a Magda y la obliga a tener relaciones sexuales. Cuando los granjeros vecinos aparecen buscando al padre de Magda, Hendrik y Anna huyen debido a que temen que se les culpe por su muerte. La novela termina con Magda aislada en la granja, lentamente muriendo de hambre y aparentemente volviéndose loca, mientras trata de comunicarse con los aviones que comienzan a volar sobre el desierto todos los días.

En medio de ninguna parte refleja los problemas raciales presentes en la Sudáfrica colonizada, como en otras obras de Coetzee, a quien se le ha reprochado su prosa árida. Sin embargo, es una prosa de una sencillez elegante, que busca siempre expresar con las palabras precisas los acontecimientos que narra, cargados siempre de ideas.



Waiting for the barbarians (Esperando a los bárbaros)

En 1980 aparece *Waiting for the barbarians* (*Esperando a los bárbaros*), también galardonada con el CNA; esta es una de las más significativas obras del sudafricano que muestra la violencia que ejerce el imperialismo con los pueblos autóctonos (bárbaros) sojuzgados por la colonización. Si en *Dusklands*, su primera novela, criticaba oblicua y tímidamente la violencia colonial y en *In the heart of the country* narra la problemática de la convivencia de dos razas, o mejor dicho, de colonizadores y colonizados, en *Esperando a los bárbaros* modifica su simple visión crítica sobre el colonialismo, y en palabras de Julio Martínez Molina “supera cualquier constrictión geográfica e histórica, si se tiene en cuenta la perspectiva universal y atemporal de esta sólida obra cuyas virtudes mayores radican (así lo aprecia el firmante) en el estudio que emprende sobre la construcción del arquetipo del adversario por la civilización occidental”.²

El magistrado de un pequeño pueblo, situado en la región fronteriza del «imperio» cuyo nombre se desconoce, narra la novela en primera persona. El imperio (así lo denomina Coetzee, sin especificar de qué *imperio* se trata) envía tropas pues se ha corrido el rumor de un inminente ataque de los “bárbaros”, tribus aún no sometidas por los colonizadores imperiales. Se realiza una expedición al territorio “enemigo” en donde se logra la captura de algunos bárbaros, llevándolos al pueblo, en donde son objeto de tortura y asesinato selectivo. Con el fin de preparar una campaña militar más extensa, las tropas se marchan. En ausencia de las fuerzas imperiales, el magistrado empieza a cuestionar la legitimidad de estas acciones y ayuda a una joven bárbara a llegar a su territorio. Luego de superar los desafíos del viaje y estar de regreso en el pueblo, el magistrado es capturado por los soldados –que regresaron durante su ausencia– por haber desertado y simpatizado con el «enemigo».

Las fuerzas imperiales retienen al magistrado en una celda en pésimas condiciones, pero logra escapar gracias a su experiencia y conocimiento del lugar donde está detenido. Como sabe que en los confines del imperio no hay forma de escapar ni de sobrevivir, sólo se pone a explorar el lugar para buscar comida y husmear. El coronel Joll

regresa triunfante de las tierras silvestres con varios bárbaros capturados, torturándolos públicamente. Los soldados alientan a la muchedumbre a que participe en las golpizas, por lo que el magistrado interviene en el acto tratando de detenerlos, pero se lo impiden y lo someten. Como castigo, un grupo de soldados decide colgar al magistrado, atándolo por sus manos, utilizando una soga y un árbol para tal fin. Escarmentado con este castigo ejemplar, los hombres del coronel Joll deciden dejarlo moverse con libertad por el pueblo, pues ya no representa una amenaza para su misión. Sin embargo, los soldados empiezan a huir del pueblo mientras se acerca el invierno y su campaña contra los bárbaros colapsa. Una noche, el magistrado intenta confrontar al coronel Joll cuando éste retorna de las afueras, pero el coronel se rehúsa a responder. Un sector de la población apedrea el carruaje del coronel mientras éste espera a los soldados que lo acompañan, quienes frenéticamente buscan provisiones en el pueblo. El coronel y sus subordinados se marchan del sitio, siendo los últimos armados que pisan el lugar (durante la historia).

La creencia predominante entre los pobladores es que los bárbaros planean invadir el pueblo dentro de poco, por lo que muchos civiles también se han marchado. El magistrado alienta a los que se quedan a continuar con sus vidas y prepararse para el invierno que se avecina. Para el momento en que cae la primera nevada de la temporada, no hay señal de la esperada invasión bárbara.

Con esta novela, Coetzee desconstruye, resignifica, pone orden en términos críticos a la tan llevada y traída polaridad “civilización/barbarie”, al expresar que los peores soplos patológicos de la “barbarie” están contenidos en la atmósfera vital misma del presunto orden “civilizado”.

“En Esperando a los bárbaros, Coetzee modifica su simple visión crítica sobre el colonialismo de sus dos novelas anteriores”.



Life and times of Michael K (Vida y época de Michael K)

Con la publicación de su cuarta novela *Life and times of Michael K (Vida y época de Michael K)*, lanzada al público angloparlante en 1983, Coetzee alcanzaría el reconocimiento internacional, gracias a que gana ese mismo año el *Booker Prize*, uno de los premios más prestigiados de la lengua inglesa y en 1985 la primera edición de los premios *Prix Etranger Femina*, establecido en 1985 en Francia, el cual premia no solo al autor sino al traductor al francés de la obra premiada. A pesar de contar con dos galardones internacionales de gran prestigio, las editoriales en lengua española la publican hasta 2006, tres años después de que se le otorgara el Premio Nobel a este escritor sudafricano.

Vida y época de Michael K está situada en la misma línea de *En medio de ninguna parte* y de

Esperando a los bárbaros, dentro del mismo contexto del apartheid sudafricano, sin que el autor llegue a mencionar jamás este término ni la palabra guerra a lo largo de toda la obra. Esta novela desarrolla tres temas para ilustrar el papel de la libertad para la justicia y el desarrollo en lo social y en lo individual: 1) la guerra civil provocada por la política del apartheid de las autoridades sudafricanas, 2) el éxodo del protagonista y su madre, que dejan sus empleos en Ciudad del Cabo y, finalmente, 3) la tragedia de Michael K en su lucha por la libertad individual contra las leyes impuestas por el Estado.

Algunos críticos han llegado a afirmar que la letra K en el título de la novela sugiere un paralelo temático entre la obra de Franz Kafka y el escritor sudafricano, lo que efectivamente como lectores llegamos a observar: la lucha de Michael K por su libertad individual frente a los esfuerzos del Estado por incorporarlo a la sociedad, ya sea reprimiéndolo brutalmente o tratándolo benévolamente en una institución médica. Ambas situaciones apuntan a un paralelismo directo con *El juicio*, a la vez que a *La madriguera*, sobre todo a esta última, por el hueco o agujero en el que vive Michael K, alimentándose de raíces y lagartijas pero gozando de una absoluta libertad.

La trama de *Vida y época de Michael K* está conformada por los siguientes elementos argumentales: narra la historia de Michael K, un hombre de 31 años de edad con una evidente malformación congénita en el labio, sin llegar al extremo del paladar hendido, en medio de una Sudáfrica azotada por la guerra civil. Michael K debe transportar a su convaleciente madre caminando desde Ciudad del Cabo hasta su pueblo natal, donde presuntamente podrá escapar de la crudeza de la guerra. En el camino, la madre de Michael K muere, y a éste le entregan las cenizas. Michael K decide continuar su travesía hasta la casa en la que su madre creció, para finalmente regar las cenizas por aquellos campos.

Una vez instalado en lo que presuntamente es la casa de la infancia de su madre, Michael K se dedica a cultivar calabazas. Allí inicia la transformación de Michael K, viviendo en completa libertad fuera de los límites de la guerra civil, y de lo que paradójicamente se puede llamar la “civilización”. Aunque Michael K sigue dentro de los límites del país, se mantiene al margen del conflicto armado,

lo que le acarrearán problemas con ambas partes en conflicto, ya que la guerra civil constantemente lo reincorpora dentro de dos ámbitos: lugares de trabajo forzado y, finalmente, un sanatorio. En estos lugares el Estado confina a los individuos de los sectores más marginales de la sociedad sudafricana: mendigos y desempleados, entre otros. Michael K, quien ya había tenido experiencia en centros de este tipo, pues en su niñez su madre lo internó en un hogar donde el Estado albergaba a niñas y niños con discapacidades y deformidades varias, se rebela a este tipo de confinamiento. Esta situación del protagonista representa un elemento recurrente en la novelística de Coetzee: la concepción y el trato hacia el “otro”. Así tenemos que en su infancia Michael K está fuera de la norma por su malformación física, y en su adultez, por no seguir los hábitos y costumbres normalizados en la sociedad sudafricana, convertido en un paria. La normalidad sudafricana, en la época que le tocó vivir a Michael K, es un sistema de segregación claro, donde las fronteras entre “nosotros” y “ellos” estaban muy bien delineadas, por signos y barreras de tipo físico y estructural. Esto es lo que denuncia J. M. Coetzee, quien despreció toda su vida el sistema de segregación racial impuesto por el apartheid.

En el sanatorio, Coetzee concede la palabra al único doctor del lugar, quien consigna de ahí en adelante lo que le ocurre a Michael K en un diario. El doctor se fascina por Michael K, por el “otro”, cuyo comportamiento está constantemente analizando y examinando, en un intento de normalización que no resulta efectivo.

Y es ese el objetivo del sanatorio, normalizar a sus pacientes, demostrar que éstos se pueden reincorporar a la sociedad sudafricana, proclamar la victoria del Estado de Sudáfrica sobre un presunto y/o potencial enemigo. Este ejercicio de normalización se lleva a cabo con horarios estrictos y espacios delineados, y con ejercicios físicos diarios; además de lo anterior, el doctor está constantemente pidiéndole a Michael K que le cuente la historia de su vida, en un intento de tener un registro coherente y lineal del individuo. Un día, muy mermado físicamente, Michael K se escapa saltando la reja del sanatorio ya que se negaba a alimentarse con la comida que allí le proporcionaban (en lo que se podría interpretar como su negativa a comer algo distinto a los frutos de la libertad, o de la tierra en la que nació y murió su madre).

La libertad, como ya expresé, es uno de los temas principales del libro. En la finca de la infancia de su madre, Michael K vive en un hueco en la tierra, cubierto por una lámina de metal, al lado de su cultivo de calabazas y melones que riega con el agua de un pozo cercano. En ocasiones caza lagartijas y come insectos. Michael K disfruta de no ser parte de la civilización y la guerra, y determina cuándo comer y cuándo descansar. Aunque decide no militar en ninguno de los dos bandos como expresión de su individualidad, su libertad finaliza donde la guerra se libra, por tanto su existencia, a pesar de sus deseos, está atravesada por el conflicto. Sin embargo, la libertad individual, fuera de todo gregarismo, de hacer, de desarrollar sus iniciativas, también se ve cooptada, porque sus posibilidades son muy limitadas. Por lo tanto, su potencialidad como ser humano se queda en eso, en potencialidad. Paradójicamente, el aislamiento de Michael K, sus limitadas opciones alimenticias y el hueco cubierto por la lámina donde vive, representan la ausencia de libertad de Michael K.

Aunque Sudáfrica como tal está en su totalidad en guerra civil, hay lugares inhabitados, que Michael K añora y disfruta por la perpetuidad del silencio. Michael K se cuestiona si dentro de los límites de Sudáfrica existen espacios que no hayan sido reclamados por entidad alguna: si existen espacios que no pertenezcan al Estado o a privados. Esa pregunta es fundamental en una sociedad moderna, ya que uno de los procesos desencadenados por la modernidad fue el reclamo por parte del Estado de la totalidad del territorio nacional, distinto a los imperios pre-modernos, donde las fronteras eran permeables y no claramente delineadas. Esta permeabilidad, como vimos, es el tema que Coetzee trata en *Esperando a los Bárbaros*, donde la frontera del imperio se extiende constantemente, acaparando tierras vírgenes donde viven los “bárbaros” nómadas. Ahora, si bien Michael K está dentro del territorio sudafricano, se podría argumentar que llega un punto en la historia en el que él se sitúa fuera de jurisdicción estatal, pero es reincorporado por la fuerza a los archivos e instituciones del Estado constantemente.

Al final, lo que resulta evidente en la obra de Coetzee es la fascinación del autor por el proceso civilizatorio y sus consecuencias; y el intento de los individuos por resistirlo y situarse al margen de éste. En esta línea argumentativa se ubica también la quinta novela del sudafricano: *Foe*, la cual es un

hipertexto de la novela *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe.

Foe

Todo texto es un hipertexto. Ningún texto puede, en este sentido, considerarse totalmente original, sin influencias de textos anteriores o simultáneos a un nuevo texto que se produce. La conocida novela de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*, dio origen a una serie de obras conocidas genéricamente como “robinsonadas”. Entre estas obras podemos citar *Viernes o los limbos del Pacífico*, de Michel Tournier; *Adiós, Robinson*, el guion radiofónico de Julio Cortázar; *Suzanne et le Pacifique*, de Giradoux; y *Foe*, de J. M. Coetzee, entre otras.

Ya desde el título de la novela se anuncia la relación de *Foe* con la muy conocida obra de aventuras de Daniel Defoe: *Robinson Crusoe*. En este texto no solo está sugerida la intertextualidad con la obra de Defoe, como en el caso de *Vida y época de Michael K* en la cual el apellido del protagonista nos sugiere su afinidad temática con obras de Franz Kafka, sino que el título de la novela alude directamente al nombre de Daniel Defoe como uno de los protagonistas del relato, es decir, tenemos ahora al autor de *Robinson Crusoe* como personaje de la novela de Coetzee.

Foe es una novela de una factura técnica novedosa e impecable. De manera lúdica, desde luego, pretende erigirse en la narración que contiene los hechos y datos ocurridos en 1700 que fueron el embrión, para que Daniel Defoe escribiese *Robinson Crusoe*, quien la dio a conocer en 1717. En términos actuales, gramaticalmente incorrectos pero comercialmente eficaces, sería una especie de “precuela”. La incluyo entre las novelas de tema poscolonial porque la narración de Defoe se inscribe dentro de la literatura desarrollada por los escritores colonialistas, quienes justifican la fundación de colonias en África y en las islas de sus rutas marítimas y con la inserción de Viernes y su caracterización de caníbal dócil y civilizado, pretenden “enaltecer” su obra civilizadora para ocultar o justificar la explotación imperialista de los pueblos africanos. *Foe*, en cambio, es poscolonialista tanto por su técnica y porque cuestiona la explotación y somete a revisión las consecuencias de la sojuzgación colonialista y su impacto en “el otro”.

Con una prosa elegante, Coetzee logra narrar este “embrión” de la novela de Defoe en cuatro partes bien delimitadas y con una variación en el estilo de cada una de las secciones en que la obra está estructurada: una narración esquemática de la sección primera que contiene lo sucedido durante la estancia de Susan Barton, la protagonista, en la isla de Cruso y Viernes; la estancia en Londres, donde la narradora lleva un diario pormenorizado de las reacciones del antiguo esclavo y la relación de cartas con Foe, con que lo pone al tanto de los pormenores que viven; y una cuarta parte donde un narrador impersonal se diluye en los sonidos que emanan de la boca de Viernes. La narración de lo ocurrido en la isla se plasma en una tabla unos días antes de avistar el barco que rescatará a los tres naufragos.

La segunda parte contiene el primer encuentro de Barton con Foe: “He puesto por escrito la historia del tiempo que pasamos en la isla lo mejor que he podido, y se la adjunto con la presente. Es una historia triste y desmayada —el relato en sí, no el tiempo vivido—, ‘al día siguiente’ repite su estribillo, ‘al día siguiente’... ‘al día siguiente’, pero usted sabrá darle la forma adecuada”.³ Acosado por sus acreedores, Foe se esconde de los alguaciles y de la narradora, no obstante, ésta le escribe cartas en las que le amplía o explica partes de la historia de su naufragio en la isla.

Después de mil y una peripecias, Susan Barton logra entrevistarse con Foe, el escritor que dará forma literaria a la novela que Susan ha pergeñado y que dará lugar, en la novela de Coetzee, al clásico Robinson. Pero el asunto no es tan sencillo: lo ocurrido en la isla no da para una historia, pues según Foe, para ello es necesario “insertarla en otra historia más amplia. Aislada es como un bote de madera que flota y flota a la deriva en la inmensidad del océano hasta que un buen día, humildemente y sin hacer el menor ruido, se va a pique”.⁴

En la cuarta y última parte asistimos a un desenlace desconcertante. El narrador se diluye en un punto de vista confuso, como si el autor sudafricano se fundiera con su homólogo británico de hace tres siglos. Los personajes (Susan, Foe y Viernes) yacen muertos en el fondo del océano. Las palabras pierden el sentido, todo es arrastrado por la corriente que emana de la boca de Viernes: “Pero este no es el lugar para las palabras. Cada sílaba que se articula, tan pronto como sale de los labios es

apresada, se llena de agua y se desvanece. Este es un lugar en que los cuerpos cuentan con sus propios signos. Es el hogar de Viernes”.⁵

Disgrace (Desgracia)

Disgrace (título traducido al español como *Desgracia*, por contigüedad lingüística, a pesar de ser más exacto de acuerdo a su asunto y a su exacta significación el término “deshonra”) es una de las pocas obras de este autor publicadas en español antes de la nominación al Nobel de Literatura. En orden a su aparición es la octava novela de J. M. Coetzee y apareció en lengua inglesa en 1999, pero Random House Mondadori la publicó para los hispanohablantes hasta el año 2002. Esta es una de las novelas más logradas por el autor, lo que le valió su segundo *Booker Prize*, el más importante premio literario que se otorga en el Reino Unido. Las dos novelas anteriores a *Disgrace* son *La edad del hierro*, situada en la vorágine de la guerra civil provocada por la política del apartheid y *El maestro de Petersburgo*, homenaje que el autor rinde a Fedor Dostoievsky. Las abordaré en la segunda parte de esta colaboración.

En *Desgracia*, Coetzee vuelca toda su sensibilidad para mostrar la eterna pugna entre la razón y el convencimiento, entre lo políticamente correcto y la verdad de las cosas. David Lurie, profesor de la Universidad Técnica de Ciudad del Cabo, divorciado y con cincuenta y dos años a cuestas, llena sus necesidades sexuales con una prostituta a la que visita todos los jueves, día de *luxe et volupté*. Un día se encuentra con esta mujer en la calle y comete el error de interesarse en ella como persona. A partir de este encuentro su vida se convierte en una serie de incidentes que llegan a complicarle la vida: seduce a una estudiante de su clase de literatura que, no obstante haber aceptado acostarse con él, pone una queja de acoso sexual en su contra. El comité de honor de la universidad le pide que haga una confesión y acepte el castigo que se le impone, lo cual es rechazado por Lurie.

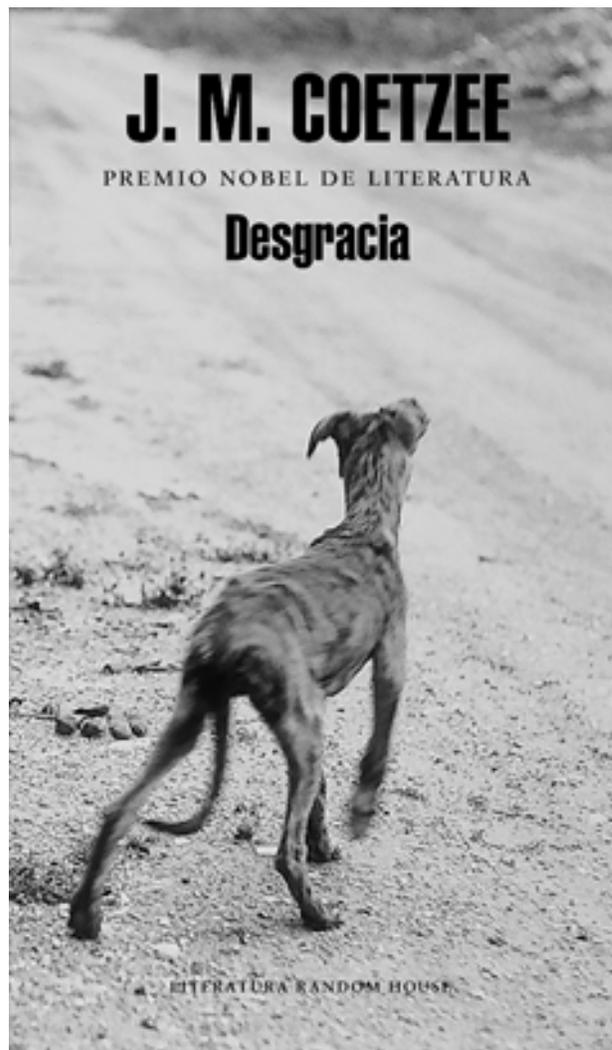
Despedido de la universidad visita a su hija Lucy, quien vive en una lejana provincia tratando de hacer productiva una granja. Lucy es una mujer que por vivir alejada e inmersa en las labores de la granja ha descuidado su persona. Un día de tantos de su estancia en la granja, son asaltados por tres

negros, entre los que se encuentra un niño que David Lurie cree reconocer como hijo de Petrus, un antiguo trabajador negro de la granja y que ahora poco a poco se va convirtiendo en propietario. Como resultado de esta agresión, Lucy resulta embarazada. Contrasta el interés que tiene David por que los malhechores sean castigados, con la apatía y resignación de Lucy. Lurie regresa a la ciudad para encontrar que saquearon su departamento. A pesar de que el régimen del apartheid ha terminado, Sudáfrica sigue siendo un caos.

Con esta obra, Coetzee logra pintar magistralmente una imagen desoladora de la Sudáfrica post apartheid. Los duros acontecimientos sociales han hecho de la gente parias del sexo, la raza y el trabajo. El protagonista no parece entender que puede salvarse si elige una postura adecuada y en esto reside su desgracia, ser un obstinado. David Lurie se refugia en la clínica de bienestar animal. Su trabajo consiste en llevar a incinerar los cadáveres de los perros sacrificados todos los lunes, acción que realiza personalmente, a pesar de haber empleados asignados para dicha tarea. ¿Por qué lo hace, si pudiera emplearse en muchas cosas, como por ejemplo, terminar su estudio inconcluso de Byron? “Pero hay otras personas que se ocupan de estas cosas: del bienestar de los animales, de la rehabilitación social, incluso de Byron. Él salva el honor de los cadáveres porque no hay nadie tan idiota como para dedicarse a semejante asunto. En eso está convirtiéndose: en un estúpido, un bobo, un obstinado”.⁶

Efectivamente, en eso termina el profesor de literatura David Lurie. Y acepta esa actividad porque en su sistema de valores, en su idea del mundo, “los hombres no emplean palas para golpear cadáveres y darles una forma más conveniente para su posterior procesamiento”.⁷

Para Coetzee la escritura consiste en una forma de vivir desarraigado, de andar por los caminos sin brújula. Para el autor de *El maestro de Petersburgo* el hecho de sentarse a escribir no significa que se tenga algo que decir, sino que la escritura revela lo que en un pasado inmediato se quería decir y que no se expresaba por no existir las condiciones necesarias para decirlo, tanto en lo que se refiere a la sustancia como a la forma.



Notas:

1. Coetzee, J.M. *Desgracia*. Barcelona: Mondadori. Nuevas ediciones de bolsillo, 2002.
2. Novela esencial. *5 de septiembre*. *Diario digital de Cienfuegos*. <http://www.5septiembre.cu/novela-esencial/> Cuba
3. Coetzee, J.M. *Foe*. Barcelona: Mondadori. Debolsillo (p. 49).
4. *Ibidem*, p.117.
5. *Ibidem*, p. 157.
6. Coetzee. *Desgracia*. p. 183.
7. *Ibid.*